

# ERROR DE VAMPIRO

*JUAN MARINO*

Una cacería poco frecuente y con elementos poco convencionales se gestó, luego de una semana de verdadero terror, hacia las inmediaciones de un pueblo de ignorado nombre y ubicación: Esteban Ubricic, el vampiro humano, huía de sus perseguidores después de cometer su quinto asesinato consecutivo; huía bordeando el rocoso acantilado que caía vertical hacia el mar y, gracias al temor que la cruz portada por sus perseguidores le infundía, a cada paso iba ganando notoria ventaja.

—¡Es inútil, no lo alcanzaremos! —exclamó con angustia el jefe de policía que, sin duda alguna, ya no estaba en forma para una actividad semejante.

—Por lo menos ya sabemos que es Ubricic —agregó otro de los perseguidores, cuyo atuendo dejaba entrever un estatus social privilegiado respecto a los otros, quizá uno de los pocos terratenientes que aún quedaban en aquellas apartadas y casi ignotas regiones—; ya lo atraparemos. Regresemos al pueblo.

—Destruiremos el sepulcro de Ubricic para que no pueda refugiarse en él a la salida del sol —indicó el sacerdote que los acompañaba enarbolando la cruz—. Es la única forma de acorralarlo.

—Pues hagámoslo ahora mismo. No podemos correr ningún riesgo, padre —dijo el terrateniente.

—¡Sí, sí! ¡Destruyamos el sepulcro! —coreó la multitud.

Mientras tanto, el vampiro continuaba su huida. El acantilado iba descendiendo hasta terminar en una pequeña playa, y corrió hacia ella sin perder un segundo. Momentos más tarde, muy cansado, se dejó caer sobre la fina arena. Por la ubicación de la luna en el firmamento calculó que serían las dos de la madrugada y, mientras el sol no despuntase, estaría a salvo.

—Debo encontrar un sepulcro donde descansar cuando amanezca —se dijo con resignación, pues sabía que lo primero que sus perseguidores harían sería destruir su tumba en el cementerio local.

Entonces, mientras observaba hacia el tranquilo mar a través de estrecha bahía, vio un velero emergiendo entre la diáfana bruma y cuya silueta se destacaba a medias gracias a la luz de la luna. Sus labios se contrajeron en una sonrisa de satisfacción que dejó al descubierto sus largos y temibles dientes.

Agazapado entre los rocas, estuvo observando la silenciosa maniobra del barco y le llamó la atención que, a esas horas, un navío de semejante calado estuviese en aquél sitio. Pero muy pronto en su mente surgió la explicación más obvia y simple aunque, quizá, no por ello la más acertada:

—¡Contrabandistas! ¡Ja, ja, ja! —se entusiasmó el vampiro—. ¡Estoy salvado! Ahí encontraré refugio y... *alimento*.

Acto seguido, lanzando una risilla satánica digna de un individuo demente, la bestia se lanzó al mar. La distancia a cubrir no era demasiado extensa y nadó rápidamente hacia el velero, tratando de no ser sorprendido por alguno de los tripulantes.

En pocos minutos llegó hasta el navío y, recién en aquel momento, el vampiro humano se sorprendió de lo profuso de la iluminación para ser un barco de contrabandistas. Sin embargo, ya estaba ahí.

Evidentemente, nadie había oído su llegada. Trepó con rapidez por una soga que pendía de uno de los masteleros y saltó a la cubierta, agazapándose de inmediato. Hasta ese momento todo marchaba bien. Rápidamente se ocultó dentro de uno de los botes que había a estribor y que estaba cubierto con una gruesa lona húmeda. Aquél sería un buen refugio; permanecería en él hasta que se presentara la oportunidad para deslizarse hacia una de sus bodegas. Entonces, en el silencio de la noche, algo le llamó la atención. Fue el pesado caminar de un par de pies calzados con botas claveteadas; pero también sintió algo más... Le pareció que el velero se ponía en movimiento. Sin embargo, no escuchó el habitual fragor de las maniobras, como tampoco lo había escuchado en la distancia al llegar el velero. Atisbó intrigado desde su escondite y se respondió una de sus inquietudes: sí, efectivamente, el navío navegaba a una velocidad sorprendente. Otra vez volvió a oír los pesados pasos de algún marinero; quizás el que estaba de guardia sobre cubierta. De pronto, los pasos se detuvieron junto al bote donde él se ocultaba y una sensación de placer lo invadió...

«¡Sangre a mi alcance! —pensó—. ¡Alimento!»

Acto seguido, cuando el marinero retiró con brusquedad la lona, las zarpas del vampiro humano se lanzaron de inmediato hacia su cuello. Pero, ante su asombro, sólo pudieron asir el aire porque... allí no había cuello, ni tampoco carne, ni sangre, ni siquiera marinero alguno.

Lanzando una violenta e irreprimible exclamación, mezcla de ira y temor, Ubricic abandonó su refugio y entonces los vio... Era una tripulación heterogénea y silenciosa; habían entre ellos uniformes de todas las épocas y, además, aquellas figuras eran translúcidas.

Diáfanos e inexpresivos rostros le observaban con indefinido mirar, pero sin manifestar una evidente curiosidad. Sin duda, no era primera vez que un visitante abordaba el barco oculto entre las sombras de la noche; tampoco sería la última. Le observaban como esperando una reacción... que no tardaría en llegar.

Con ojos desorbitados, la angustia reflejándose en su rostro y con una terrible duda en su mente al recordar una vieja historia, recorrió el velero de punta a cabo hasta detener la mirada en el nombre del navío...

—¡Caleuche! ¡El Caleuche! ¡Noooooooooooo!

Lanzando un último alarido de espanto, se dejó caer sobre un barril y luego al suelo. Acababa de comprender el error, su último error: estaba en un buque fantasma, tripulado por fantasmas... fantasmas que carecían del único alimento que le permitiría sobrevivir a Esteban Ubricic... *¡Sangre!*

\* \* \* \* \*

Cierta vez, por *ser quien soy*, estuve en este buque fantasma y vi el esqueleto de un hombre, el de Esteban Ubricic, que había *muerto* de hambre.

**FIN**

Libros Tauro